

Cuentos de duelo

Textos de Rocío Manosalva Correa

Ilustraciones de Katherine Olguín Espinoza

Reconociendo, comunicando y acompañando
las emociones de niños y niñas

ej.
ediciones
delajunji



Cuentos de duelo

Textos de Rocío Manosalva Correa

Ilustraciones de Katherine Olguín Espinoza



**Reconociendo, comunicando y acompañando
las emociones de niños y niñas**

CUENTOS DE DUELO

*Reconociendo, comunicando y acompañando
las emociones de niños y niñas*

Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI)



Autora Rocío Manosalva

Ilustración Katherine Olguín

Edición de Rosario Ferrer

Diseño y diagramación Katherine Olguín

Primera edición digital: agosto de 2020

Registro de Propiedad Intelectual: 2020-A-7270

ISBN: 978-956-6013-14-3

Índice

08. Una pena pesada

16. La elefanta Elena y su abuelita Anita

22. Un gran amigo



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, incluida la fotocopia, sin permiso previo y por escrito de la autora y de la Junta Nacional de Jardines Infantiles.

Cuentos de duelo, de la sicóloga Rocío Manosalva, corresponde a una publicación digital realizada por la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI) en 2020 –en pleno contexto de pandemia y confinamiento– para explicar a niños y niñas pequeños que durante el transcurso de la vida puede haber situaciones que impliquen una pérdida, pero que el duelo que ello implique, puede sobrellevarse partiendo por reconocer en uno mismo la tristeza.

La lectura contenida que se haga de los siguientes relatos acompañará la educación emocional que los adultos puedan otorgar a niños y niñas, para que ellos y ellas, como con cualquier otro sentimiento, sepan reconocer, validar, canalizar y sobreponerse al desánimo.

Una pena pesada

Camila era una niña muy simpática y alegre. Vivía con su papá, su mamá y su tía Lía.

A la tía Lía le gustaba hacer panqueques y a Camila le gustaba rellenarlos con manjar. Cuando estaban haciendo panqueques juntas, Camila se ponía contenta, muy contenta.

Por las tardes, Camila y su tía solían salir a la plaza a jugar. Camila se trepaba a todos los juegos y si por algún descuido ella caía al suelo y se ponía a llorar, su tía Lía le ponía un parche curita y después le daba un abrazo apretado, muy apretado.





Un día la tía Lía se sintió mal y debió ir al hospital. Allá los doctores y enfermeras la cuidaron y le dieron remedios, pero la tía Lía estaba realmente enferma, muy enferma.

Al poco tiempo, la tía Lía murió. Cuando los papás de Camila le contaron la mala noticia, Camila se puso muy triste, porque eso quería decir que ya no iba a volver a ver a su tía querida, ni hacer panqueques con ella, ni ir a la plaza con ella.



Camila sentía una pena grande, muy grande. Y como no sabía qué hacer con tanta pena, la tomó toda y la puso en una mochila. Como la pena era mucha, la mochila quedó pesada, muy pesada.

Una tarde los papás de Camila le preguntaron cómo se sentía. La mamá y el papá pensaron que Camila respondería que muy triste. Sin embargo, Camila les dijo que estaba bien, que como había puesto toda su pena en una mochila, podía seguir haciendo las mismas cosas de siempre.



Camila trató de cocinar panqueques con su papá, pero para llegar hasta la cocina debió arrastrar su pesada mochila por toda la casa y, al final, llegó cansada, muy cansada y no pudo cocinar.

Otro día, Camila salió a la plaza con su mamá. Pero cuando estuvieron frente al balancín, Camila se dio cuenta de que no podía subirse a ningún juego, porque su mochila era demasiado pesada. Y se quedó aburrida, muy aburrida.

Camila se sentía agotada, muy agotada, porque cada día debía arrastrar su pesada mochila y no podía hacer ninguna de las cosas que le gustaban.



–Veamos qué tienes dentro de tu mochila, Camila –le dijeron sus papás.

–A ver si podemos sacar algo para que quede más liviana –dijo con ternura su mamá y Camila estuvo de acuerdo que entre todos empezaran a revisar.

De rodillas los tres en el suelo, lo primero que encontraron fueron las lagrimitas que Camila había llorado por la tía Lía. Esas fueron muy difíciles de sacar, pero al lograrlo, pudieron alivianar gran parte del peso de la mochila. En ese momento, otras lagrimitas salieron también por los ojitos de Camila, y aunque ella sintió mucha pena, después notó que se sentía más tranquila.



Camila tuvo un poco de miedo de seguir buscando qué había en su mochila. No quería encontrar más que las lagrimitas. Sin embargo, se armó de valor y junto a sus papás ¡encontró muchas cosas más!

En su mochila había panqueques como los que cocinaba con la tía Lía, parches curitas como los que ella le daba en la plaza, risas contagiosas, tardes de juegos y muchos abrazos.

Camila tomó todo lo que había encontrado en la mochila y lo guardó: en la cocina puso los panqueques, en el baño puso los parche curita, y en su corazón, puso todo el cariño que su tía Lía le había entregado. Las lagrimitas las dejó libres para que salieran cuando tuvieran ganas de salir. Camila ahora sabía que cada vez que llorara, se iba a sentir tranquila, más tranquila.



Camila dio un gran abrazo a su mamá y a su papá y se fue a jugar. Ahora podía hacer todo lo que quisiera, porque después de vaciar su mochila, Camila se sentía livianita, muy livianita.

La elefanta Elena y su abuelita Anita

Había una vez una elefantita de nombre Elena, que vivía con su mamá, su tía y su abuelita Anita. A Elena le gustaba cantar, dibujar y jugar en el columpio hecho con tablas y cuerdas que había en el patio de su casa.

Sin embargo, más que cualquier otra cosa en el mundo, a Elena le gustaba estar con su abuelita Anita. En las tardes, luego de almorzar, la abuelita Anita escuchaba cantar a su nieta.

También dibujaban juntas con los lápices que ella misma regalaba a la elefanta Elena y con los pinceles y

pinturas de mil colores que ambas adoraban. Otras tardes, cuando el sol entibiaba el jardín, las dos salían a jugar al patio, cerca del columpio de tablas y cuerdas.

Con su larga trompa la abuelita Anita balanceaba a Elena para que llegara alto, tan alto que pudiera ver el techo de su casa. Con su trompa, la abuelita Anita también cuidaba que su nieta no se cayera y acariciaba su carita redonda con mucho cariño.





El tiempo pasó y la abuelita Anita se hizo viejita. Y cuando ya no pudo salir al patio con su nieta a disfrutar del columpio y el sol, la elefanta Elena decidió sentarse junto a ella y cantarle muy alto las mismas canciones que ambas habían entonado con tanto amor.

Además de las lindas canciones, Elena seguía pintando con los lápices y pinturas de mil colores y cada dibujo que hacía se lo dedicaba a su abuelita Anita.



Un día, la mamá y la tía de la elefanta Elena le dijeron que tenían que hablar con ella. Le explicaron que su abuelita Anita se había enfermado y que por eso había fallecido. Con la mala noticia, la elefanta Elena se puso muy triste, porque eso significaba que no volvería a jugar con su abuelita Anita. Así que su mamá y su tía la abrazaron muy fuerte, tan fuerte que ese abrazo duró toda la tarde. Y la tarde después de esa, y la siguiente también.



La elefanta Elena no sabía qué hacer. Extrañaba mucho a su abuelita Anita. Un día encontró los lápices y pinturas de mil colores que su abuelita le había regalado y decidió dibujarla: la pintó tan bella como la recordaba, empujándola en el columpio de tablas y cuerdas, con una sonrisa grande de elefanta y con muchos corazones.

Con ese dibujo hermoso, la elefanta Elena se sintió feliz y más tranquila. Cada vez que extrañaba a su abuelita Anita, se dibujaba junto a ella cantando, jugando, riendo y disfrutando del sol.

Pasó el tiempo y la elefanta Elena continuó dibujando hasta tener un montón de papeles de mil formas y colores. Con cada dibujo, Elena se sentía cerca de su abuela y, aunque ya no podía estar junto a ella como quería, los dibujos la ayudaban a recordarla con alegría y cariño.



Un gran amigo

Tomás era un niño al que le gustaba mucho jugar, en la plaza saltaba y corría junto a su amigo Juan.

A veces Tomás invitaba a Juan a su casa para seguir jugando, y para estar con su gato, que siempre estaba bostezando y ronroneando.

El gato de Tomás se llamaba Gastón y perseguir pedacitos de lana era su mayor diversión.

Tomás y Juan se reían con el gato Gastón y le hacían cariño, les gustaba acariciar la panza del lindo felino.

Pero un día el gato Gastón amaneció muy enfermito. No tenía ganas de levantarse ni de comer de su platito.



Tomás y su papá lo cuidaron mucho y lo llevaron donde el señor veterinario. Le hicieron mucho cariño, lo acompañaron y le dieron sus remedios a diario.

Pero una mañana, el gato Gastón ya no se levantó. Su cuerpecito había dejado de funcionar: el gato Gastón murió.

Tomás estaba muy triste, porque ya no lo iba a ver más, y cuando fue a la plaza, no tuvo ganas de jugar.

Juan todavía no sabía nada, así que Tomás le fue a contar, y mientras le decía que el gato Gastón había muerto, se puso a llorar.

Juan también se puso triste, porque quería al gato Gastón, y no sabía qué decirle a Tomás para que ya no sintiera dolor.

Pero entonces se le ocurrió una idea: un regalo para Tomás. Salió corriendo a buscar distintas cosas que quizá podían ayudar.

Al rato volvió con una cajita muy linda, la abrió,
le mostró a Tomás lo que tenía, y le explicó:

Tiene pedacitos de lana, como los que le gustaba perseguir al gato Gastón,
para que te acuerdes de las tardes que pasamos jugando con ese gato regalón.
Y para que te acuerdes de cómo le hacíamos cariño en su panza suavcita,
también puse en la caja una suave mantita.

Tomás le dio las gracias a Juan de todo corazón.
Todavía extraño a mi gato, le dijo,
pero con mi cajita ya me siento mejor.
Siempre podré mirar lo que tiene dentro,
si echo de menos al gato Gastón.

Y si me vuelve a dar pena, y tengo ganas de llorar,
ya sé que contigo tengo un gran amigo, que siempre me puede ayudar.





Ediciones de la JUNJI es fruto del compromiso de la Junta Nacional de Jardines Infantiles por generar conocimiento, creatividad e innovación en educación e infancia, y promover así nuevos medios para el aprendizaje y debate constructivo.





Rocío Manosalva Correa es psicóloga de la Universidad de Santiago de Chile, con estudios en Literatura de Contracultura en la Fundación Weye, versiones Afectos y Memoria; y en La Universidad Católica de Chile, Taller de Creación Literaria (Narrativa).



ediciones
delajunji

ISBN: 978-956-6013-14-3
9 789566 013143